

El jefe egoísta

Hace mucho tiempo hubo una sequía en una aldea de África. El jefe de la aldea era muy egoísta. Cierta día, encontró agua y cavó un pozo para él solo.

NADIE BEBERÁ DE ESTE POZO,
EXCEPTO MI FAMILIA.
QUIEN SE ATREVA A TOMAR DE
ESTAS AGUAS, MORIRÁ.

—Mi pozo finalmente está listo. Ahora le pondré un letrero. Monaku, trae mi martillo y pon el letrero de inmediato.

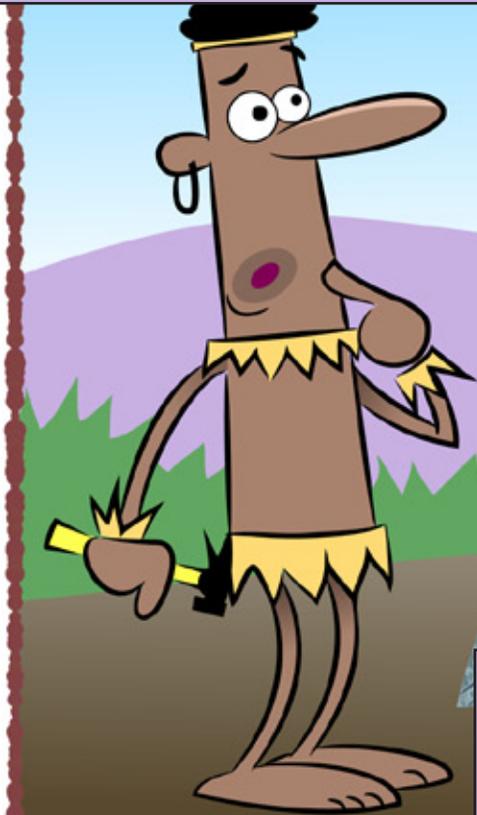
—Sí, su majestad.

El siervo clavó un letrero de madera sobre el pozo. El letrero leía:

—¡Excelente! Ahora tendré toda el agua que necesito.

En ese momento, un anciano se acercó por el camino, apoyándose en un palito, hasta chocarse con el jefe. Levantó un vaso y pidió:

—Agua. Agua. Por favor, ¿me daría un poco de agua?



—Aléjate, anciano, antes que te arroje a un hoyo. ¿No sabes leer? Este pozo nos pertenece solo a mí y a mi familia.



—Perdóneme, gran señor. Soy ciego.

—Eso no es excusa. Lo perdonaré esta vez, pero no se le ocurra volver aquí a pedir agua.

—Claro, claro. Muchas gracias por su misericordia, gran jefe.

Al día siguiente, el jefe y su siervo volvieron al pozo a llenar un balde con agua.

—Monaku, echa el balde dentro del pozo. Apresúrate.

—Sí, su majestad.

El balde golpeó el fondo del aljibe. El jefe se asomó a su nuevo pozo. Sentía sorpresa y decepción.

—¿Pero qué es esto? ¿No hay agua en mi pozo?

—¿Por qué no?

—A lo mejor el agua volverá en un par de días.

Pero cada vez que visitaba el pozo, lo encontraba seco.

—Mmm, ¿por qué no viene el agua? Por todos los cielos. Finalmente llamó a su sabio consejero y le preguntó.

—Mogizi, si valoras tu vida, muéstrame el motivo por el que mi pozo sigue seco.

—Gran jefe, que vivas para siempre. El pozo seguirá seco hasta el día que lo compartas con tu pueblo.

—¿Qué? Muy bien, entonces. El pueblo de la aldea puede sacar agua del pozo. Pero solo de noche. El pozo será mío durante el día.

Así fue decretado. Al día siguiente, el jefe volvió al pozo para ver si tenía agua.

—¿Qué es esto? ¿No hay agua? Esperaré hasta la noche y veré lo que pasa cuando los aldeanos se acerquen a tomar agua. Me esconderé aquí para observar sin que nadie me vea.

Tan pronto se hizo de noche, todos los aldeanos se acercaron al pozo con vasijas vacías.



—¡Alabado sea Dios! ¡Agua!

—Está fresca y fría. Hay mucha agua. Vengan, niños. Hay suficiente para bañarse.

Todos tomaron hasta saciarse y llenaron sus vasijas. Los niños de la aldea se divertieron bañándose y tirándose agua hasta quedar completamente empapados. El jefe volvió a su casa bastante sorprendido y muy sediento. Le daba vergüenza pedirles a los aldeanos agua después de ser tan egoísta.



Al día siguiente, tan pronto como salió el sol, el jefe llamó a su siervo.

—Ven, Monaku. Escribe lo que te dicte. Este... ¿por favor?

—Sí, gran señor. Escribiré lo que tú me ordenes.

—Eso es. Está muy bien. Me parece perfecto. El jefe observó con satisfacción mientras el siervo escribía el letrero. El nuevo letrero leía: «Vengan, todos los que tengan sed. Pueden beber de estas aguas».

Incluso antes que se secase la pintura, el jefe escuchó el agradable sonido del agua burbujeando y brotando de la fuente.

—Mira, mira, Monaku. Pronto el pozo estará lleno hasta rebosar.

—Sí, sí, gran jefe. Mira. Los aldeanos se acercan a tomar agua.



Todos se sorprendieron al ver al jefe —que había sido tan gruñón, malo y egoísta— reír, tomar agua y bromear con los aldeanos. Desde aquel día, el pozo proveyó abundante agua fresca, dulce y limpia. El pozo les brindó agua durante toda la sequía. Fue conocido en aquella tierra como el pozo que nunca se seca.

Así se cumplió la escritura: «El alma generosa será prosperada: el que sacie a otros será también saciado»
(Proverbios 11:25, RV).